

# CHICUELO, QUE AHORA SE RETIRA, UNICO ENLACE ENTRE LO QUE BRILLABA EN 1921 Y LO DE AHORA

encuentra el factor inesperado y deslumbrante que lo eleva y abrillanta. Entonces, hace veinticinco años, fueron "los tres Manueles".

¿Quiénes eran los tres Manueles? Para los que tienen veteranía en la devoción por los toros, y han asistido a muchas corridas, no es difícil la evocación. Se trataba de Varelito, Chicuelo y el valenciano Granero. Diré antes que en aquella temporada hubo sucesos destacados,

unos de carácter dramático. Alegres y de triunfo, otros. Esto ha sido siempre nuestra fiesta brava, el contraste, que simboliza en ese episodio tan frecuente de que, mientras un torero, desgarrado, en la ante-sala de la muerte, queda desplomado sobre un lecho de enfermería, otro, en la sustitución, entusiasma y enardece a los públicos. Así es, en general, Retiradas en penumbra y miseria, anulación y olvido de valores que tuvieron luz y prestantia, y aparición rutilante de gentes nuevas. Desgracia y fortuna, en una paradójica y constante compatibilidad. Las notas relevantes fueron: una cornada mortal que sufrió el famoso varilarguero Veneno, la confirmación de alternativa de Manuel Granero, un éxito apoteósico de Márquez, novillero todavía, y la corrida del 17 de mayo, que fué la del triunfo de los tres Manueles. En el capítulo negro, también hay que registrar otra cogida mortal: la de Ernesto Pastor. La corrida de más altura, la cima de la temporada del 21, fué, como queda dicho, la de Varelito, Chicuelo y Granero. Desaparecidos el primero y el último, al cabo de un cuarto de siglo, Chicuelo ha seguido en la actividad, y ahora se anuncia su retirada. Pocos casos habrá en la historia del toro de una continuidad semejante. Más de veinticinco años por los ruedos, con

alternativas de gloria y pasajes de sombra y aislamiento, pero siempre con un nombre prestigioso. A partir de aquella memorable tarde —la del santo de Alfonso XIII—, todos los carteles y todo el interés de aquel período se cifraron en los Manolos victoriosos. Aejado Belmonte del coso madrileño, no habiendo actuado más que en una corrida Rafael, el Gallo, enfermo Sánchez Mejías, ellos llevaron el peso de la campaña. Varelito, el inigualable estoqueador, fué el de la actuación más uniforme, más regular, porque siempre dió la nota de hombría y de valor. Chicuelo comenzó con un triunfo inenarrable en la primera de abono. Defraudó en tres tardes subsiguientes, en que volvió a esa forma de apatía o de pusilanimidad que le eran características. En la corrida que se denominó "de los Manueles", estuvo sencillamente colosal, y quedó el mejor de los tres. Y después, en tres corridas más, en una Regia, patriótica, y en la de la Cruz Roja, se mantuvo en el terreno de la desconfianza. No volvió por sus laureles. Y Granero, finalmente, en su alternativa y en la siguiente, apuntó; dejó adivinar su estilo y sus condiciones, pero sin cuajar. Tuvo el éxito extraordinario del 17 de mayo, y luego anduvo más apagado, con menos suerte, pero sin perder la categoría alcanzada.

**E**N mi incorregible afición de robarle cuartos de hora a la tarea de cada día, para leer "cosas viejas", he encontrado un curioso libro, resumen taurino de algunas temporadas, y en él hallo la descripción de la de 1921. Aparte el interés que a ese período, en los azares de la fiesta, le presta el haber quedado atrás, con un cuarto de siglo encima, tiene ese año una singularidad. Era el primero —tras la fatídica fecha de mayo del 20— en que no actuaba Joselito. La pareja —esa apasionada competición, duelo de dos figuras, que ha sido siempre el más incitante motivo de sugestión y de acaloradas discusiones— se había rotó. Y Belmonte, sólo, en espera de la figura que pudiera reemplazar al coloso sevillano, se hallaba retraído. En Madrid, salvo en la corrida de la Prensa, apenas actuó. La fiesta se hallaba de luto. Era muy grave el quebranto —aparte los aspectos sentimentales— que causaba la desaparición trágica de José. Y, sin embargo, la temporada fué interesante. No sé qué ocurre con este gran espectáculo, el más nacional de todos, entrañado a las costumbres y los gustos de los españoles, que cuando parece que va a decaer, que pasa por períodos de atonía,

alternativa y en la siguiente, apuntó; dejó adivinar su estilo y sus condiciones, pero sin cuajar. Tuvo el éxito extraordinario del 17 de mayo, y luego anduvo más apagado, con menos suerte, pero sin perder la categoría alcanzada.

Otros matadores que actuaron en aquella temporada —que ya parece tan lejana— fueron: Luis Freg, Nacional, La Rosa, Fortuna, Valencia, Laria, Joseito, Emilio Méndez, Carnicerito, Paco Madrid, Vázquez, Celita, Algabeño II, Camará, Dominguín, Casielles, Alcalareño y Angelete.

Pero ninguno de ellos dió la menor nota descollante. Y todos, al cabo del tiempo, muertos unos y retirados del arte taurómico, otros, no han mantenido su

presencia en los escalafones. De los que actuaron aquella temporada, queda uno sólo: Chicuelo.

Parece que en este año de 1945 se retirará definitivamente. Y al desaparecer el sevillano de los ruedos, queda anulada la única vinculación que persistía, a través del tiempo, entre aquel año —veinticinco hacia atrás— y el actual.

En el tiempo transcurrido; ¡cuántas cosas!

Chicuelo se va, y con él se rompe la conexión del tiempo pasado y de moderno.

No incurriré en la puerilidad de enjuiciarlos para discernir cuál es mejor. Pero me ha parecido interesante —cuando menos, curiosa— la exhumación, en los momentos en que se aparta de la actividad la única figura que ha mantenido hasta ahora el enlace con lo que atraía la atención y despertaba las admiraciones hace un cuarto de siglo.

Chicuelo deshace, al marcharse de los ruedos, donde por primera vez abrió la mágica gracia de sus chicuelinas, el lazo que nos traía en Granero al campo que hoy pisa Manolete.

Y al irse ya, nos deja sin medida para establecer comparaciones. Si ayer, si hoy, si lo antiguo, si lo moderno.

FRANCISCO CASARES



Chicuelo